

hasta formar un puente con el positivismo. Este puente lo representó Carlos A. Lisson.

En la segunda mitad del siglo XIX se hace sentir la influencia del positivismo en el Perú. "La burguesía peruana —dice Salazar Bondy— vio en el positivismo un instrumento para imponer su dominio político, pero no pudo aprovecharse de él." Diversas circunstancias, tan graves como la Guerra del Pacífico en 1879-1881 lo impidieron. Los positivistas peruanos, lejos de hacer de su doctrina un instrumento para orientar al país por el camino del aprovechamiento de las riquezas naturales, se "limitaron a estudiar en abstracto la realidad social sin encontrar soluciones prácticas a los problemas inmediatos". En este movimiento se destacan Manuel Vicente Villaran, que hace reformas dentro de la enseñanza en el Perú, y Manuel González Prada, que señala una nueva etapa al tomar en cuenta la situación social de la gran masa indígena en el Perú.

Alejandro O. Deustua señala el nacimiento de una nueva etapa en la corriente de ideas en el Perú, la reacción espiritualista frente al positivismo. Reacción que encontramos repetida en varios lugares de Hispanoamérica, como la representada por Antonio Caso en México, Alejandro Korn en la Argentina y Vaz Ferreira en el Uruguay. Al materialismo limitado oponen la libertad creadora o la vivencia de la libertad como hace Deustua. El cual establece las bases para una estética de la libertad de donde pasa a una ética de la libertad. El siglo XX en el Perú representa la acogida de las nuevas corrientes filosóficas europeas como el bergsonismo. Deustua representó el inicio de la nueva filosofía peruana, cada vez más cerca de un sentido académico. Bajo esa influencia surgieron varios filósofos como Mariano Iberico y Honorio Delgado.

La filosofía actual en el Perú es también analizada por Augusto Salazar Bon-

dy, que ya forma también parte de ella. La filosofía alemana contemporánea se deja sentir en esta etapa con toda su fuerza. Salazar Bondy señala a Julio Chiriboga, cercano a la filosofía de Nicolás Hartmann, por su notable actividad docente. Actividad que da origen al actual movimiento filosófico en el Perú, al estimular los estudios de la generación que ahora la representa. Dentro de esta generación están, entre otros, estudiosos de la calidad de Francisco Miró Quesada, Luis Felipe Alarco, Carlos Cueto Fernandini, Walter Peñaloza y Nelly Festini.

Así, en breves, pero sustanciosas páginas, nos ofrece Salazar Bondy un panorama de la historia de las ideas filosóficas del Perú. Aquí no hacemos sino glosar su trabajo en grandes rasgos. Una serie de estos panoramas en cada uno de nuestros países en América nos daría un magnífico instrumental para una mejor comprensión de todos ellos, sobre la base de las múltiples semejanzas que entre sí tienen.

LEOPOLDO ZEA

*La Filosofía en México*, por Leopoldo Zea. Biblioteca Mínima Mexicana, núms. 17 y 18. Ediciones Libro Mex., México, 1955.

Este libro está compuesto de dos pequeños tomos, los cuales a su vez se dividen en dos partes, una, que alcanza la primera mitad del primero y que trata de la filosofía en México desde la Colonia hasta los principios de la Revolución de 1910; y otra, que ocupa la segunda mitad del primer tomo y todo el segundo, y que trata de la filosofía mexicana del siglo XX. Como fácilmente puede suponerse, no constituye este libro un tratado exhaustivo, sino un compuesto de ágiles artículos periodísticos que explanan un esquema, un hilo de sentido que proporciona unidad y continuidad al proceso de la filosofía

en México "en términos asequibles a un público que no está obligado a un conocimiento académico de la filosofía".

Esquematar la historia del pensamiento filosófico mexicano, dice Zea, equivale a esquematizar la historia de México, por la estrecha relación que guardan; las ideas nunca se han encontrado aquí al margen de los hechos, sino que han pretendido resolver los problemas que éstos plantean, como parece ser la legítima misión de toda filosofía. De aquí que, en México y en la América "no existe lo que podríamos llamar una filosofía original, si entendemos por filosofía original la creación de determinados sistemas tal como los ha creado Europa; pero sí existe una filosofía propia en cuanto que se ha planteado problemas que le son propios y dado soluciones propias para tales problemas. Lo que no ha sido original es el instrumental para obtener dichas soluciones". Por ello, nuestra filosofía presenta un doble carácter: un carácter pedagógico y un carácter político que responden a determinadas situaciones históricas.

México, y más ampliamente, América, surgen como dependencias de Europa; en nuestro país, España; para conservar su poderío, implantó un cerco político y social, mientras la Iglesia hizo otro tanto en el orden mental; de aquí que la vida del México independiente pueda reducirse a la pugna que se entabló para librarse de esta triple opresión. La Revolución de 1810 dio como resultado la independencia política. La Reforma de 1857 significa la independencia en el orden mental. Y la Revolución de 1910 intenta, sin duda, un cambio en el orden social. Pues bien, nuestro pensamiento ha expresado estas tres etapas de nuestra historia, siendo reflejo fiel de la dinámica de intereses puestos en juego.

Rápidamente nos va esbozando Zea el sentido de la filosofía en la Colonia y en el siglo XIX; primero, como una apertura de las conciencias a unos horizontes más amplios que los que ofrecía

una escolástica abstrusa y anquilosada; y después como justificación a una naciente clase social; la burguesía mexicana que, liberal con José María Luis Mora, su más ilustre representante en la primera mitad del siglo XIX, se convierte en positivista y extranjerizante con el advenimiento del gobernante Porfirio Díaz y del ideólogo Gabino Barreda.

Pero sin duda la parte más interesante del libro de Zea es la consagrada a este siglo. La Revolución de 1910 estalla, afirma Zea, presentando un doble matiz; de un lado fue provocada por un sector de la burguesía que había sido desplazada del régimen, y cuyo lema, por tanto, era "Sufragio efectivo. No reelección"; y por otro lado, se levanta la clase campesina exigiendo el cambio de un *status* social que predominaba desde la Colonia, a través de su lema "Libertad y Tierras". La filosofía que se inicia con la Revolución hace una crítica del Positivismo con el cual se justificaba la burguesía en el poder, a la vez que, como la pintura y la literatura, trata de definir la estructura de la mexicanidad auténtica que el conflicto hace surgir. Así, por ejemplo, podemos notar dos facetas en la filosofía de Antonio Caso; consiste, por una parte, en un llamado a la mexicanidad —Zea entresaca algunas citas como éstas: "urge ya por la felicidad de nuestro pueblo que cesemos de imitar los regímenes político-sociales de Europa y nos apliquemos a desentrañar de las condiciones geográficas, políticas y artísticas de nuestra nación, los moldes mismos de nuestras leyes; la forma de nuestra convivencia; el ideal de nuestra actividad". Y por otra, contrapone a la tesis darwiniana de la supervivencia del más apto, del dominio del más fuerte, el concepto de la existencia como economía como desinterés y como caridad; a la sujeción económica, por la ley natural, la libertad generosa del espíritu. Semejantes preocupaciones animan a José Vasconcelos; piensa éste en la necesidad que tiene América de dar un mensaje de significa-

ción universal. “La filosofía —dice—, es eterna y está esperando siempre la contribución de todos los pueblos. Nosotros, en América, estamos en una posición ventajosa para construir”, para ello es menester despojarse de los prejuicios positivistas que han sido tomados del extranjero. Por eso añade: “Comencemos... haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.” “Convertir lo físico al ritmo de la emoción y al propósito inmaterial; he ahí la dinámica de una filosofía americana.”

Ahora bien, resulta ser Antonio Caso, dice Zea, el principal promotor del ambiente filosófico mexicano en el siglo XX. No sintiéndose ligado a ninguna corriente filosófica, “sin más interés que la búsqueda de la verdad dondequiera que ésta se encontrase, por su cátedra fueron desfilando los grandes movimientos filosóficos. Además del intuicionismo francés, fue el primero en exponer a los filósofos de la escuela Neo-kantiana de Baden: Windelband y Rickert; el Neotomismo de Maritain, la Fenomenología de Edmund Husserl, el historicismo radical de Spengler, la Filosofía de los Valores, Max Scheler, Hartmann. Últimamente había puesto su atención en la filosofía de Guillermo Dilthey. Todas estas corrientes fueron expuestas con el mismo cariño y desinterés, sin dogmatizar. Sus discípulos, todos los que ahora trabajamos sobre estas corrientes, fuimos encontrando los caminos que libremente elegimos”. Uno de los mejores, Samuel Ramos, pone el acento en el problema de la mexicanidad. En su libro titulado *El perfil del hombre y la cultura en México*, gracias a un análisis psicológico e histórico, llega a la conclusión de que el mexicano padece un “sentimiento de inferioridad” que se explica así: “Un puñado de hombres dispersos en un inmenso territorio y divididos por una intrincada geografía, tenía que sentir su inferioridad ante la naturaleza.” “El destino histórico colo-

có a aquellos hombres en medio de dos mundos que no son plenamente suyos. Ya no es europeo porque vive en América, ni es americano porque el atavismo conserva su sentido europeo de vida.”

La escuela Neo-kantiana aparece en México —anacrónicamente— en 1930; sus principales representantes son Francisco Larroyo, Guillermo Héctor Rodríguez, Juan Manuel Terán, Miguel Bueno, etc.; se distingue la escuela por su afán polémico que llega a veces hasta la exageración, produciendo entre los estudiantes que la siguen el tipo logicista exagerado y pedante. De entre los Neo-kantianos, dice Zea, destaca, no sólo como polemista sino también por la singularidad de su interpretación del movimiento, Francisco Larroyo, quien fundamentalmente extiende su actividad a la pedagogía. Para Larroyo el sentido de toda educación consiste en llevar a los hombres a la comprensión de la conciencia común, es decir, a la incorporación como miembros de la comunidad. La mejor institución para realizar este fin es la “Escuela Unificada”, la unidad de las instituciones pedagógicas que supone la unidad nacional.

Dentro de la Filosofía de los Valores destaca Zea a Eduardo García Máynez, comentando su axiomática jurídica que pretende valer para todo derecho, independientemente de cualquier prescripción de orden jurídico positivo; su aguda distinción entre la libertad como atributo de la voluntad del hombre y la libertad como derecho; y, sobre todo, su actividad como director del Centro de Estudios Filosóficos, que tanto ha valido para el incremento de la filosofía en México.

No falta dentro de este esquema general la mención de los Neo-tomistas, como Oswaldo Robles, Gómez Robledo, José Luis Curiel, etc., ni la fecunda labor de los maestros hispanos “trans-terrados” como José Gaos, Eduardo Nicol, Joaquín Xirau, Recaséns Siches, Roura Parella, que fueron los introduc-

tores en México de las filosofías de Dilthey, Heidegger, Sartre, etc. Por otra parte se le dedica una buena extensión en ambos tomos a la discusión sobre la filosofía de lo mexicano —en la cual Zea ha tomado una parte muy activa—, desde las opiniones de Alfonso Reyes hasta las expresadas por el grupo Hiperión, integrado por Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín MacGregor, Salvador Reyes Nevaes y Fausto Vega. En suma, para Zea, “el ideal de los precursores de la filosofía en México se va realizando. La preocupación por lo concreto sigue ligada a lo universal o viceversa. Se investiga y se piensa, como quería Justo Sierra, para convertir las ideas ‘en enseñanza y acción’”.

ABELARDO VILLEGAS

*Ensayistas del Brasil. Escuela de Recife.* Selección, traducción, prólogo y notas de Armando Correia Pacheco. Colección Pensamiento de América, Unión Panamericana, Washington.

Nos da noticia esta antología del pensamiento filosófico en el Brasil, en las postrimerías del siglo pasado; lo cual es buena señal de que vamos superando esa etapa en la que los países iberoamericanos estaban más comunicados con Europa que consigo mismos. Una antología, dice Correia Pacheco, siempre debe integrar una unidad representada en una concepción del hombre y del mundo, por eso, en ésta sólo se incluyen cuatro filósofos de la Escuela de Recife, a saber: Tobías Barreto, Silvio Romero, Clovis Bevilacqua y Tito Livio de Castro. La Escuela de Recife cuyo corifeo es Tobías Barreto surge en el Brasil en 1868, los representantes de ella, nos dice Correia Pacheco, descargan violentos golpes “contra todo lo que les parece forma caduca en el

dominio del espíritu o mundo social: la teología católica, la metafísica escolástica, el espiritualismo ecléctico, el romanticismo, el derecho natural, la monarquía, etc. Conciben la filosofía como síntesis científica o crítica del conocimiento. Todo tiene que entrar en la corriente de las nuevas ideas y transformarse bajo el benéfico influjo de la evolución universal”. Como sus inspiradores de ultramar —Littré, Spencer, Haeckel, Noiré— los integrantes de la Escuela, “divergen muchas veces en sus afirmaciones, pero concuerdan casi siempre en sus negaciones”. Cientificistas, jamás abjuraron de su fe en la Ciencia. “La Escuela de Recife representa en la evolución del pensamiento brasileño, precisamente esto: la introducción del cientificismo en el Brasil.”

De Tobías Barreto (1839-1889) y de Silvio Romero (1851-1914), añade Pacheco, no se puede hablar por separado, el primero fue el fundador de la Escuela, y el segundo su discípulo y amigo. Sin embargo, no por eso formaban un dueto, divergían en muchos puntos; así por ejemplo, “el entrañable brasileñismo de Silvio Romero según muchos críticos constituye la parte más perdurable de su obra. A Tobías Barreto, con su obsesión germánica, no le gustaban los asuntos brasileños; prefería permanecer ‘au-dessus de la mêlée’, sumergido en la atmósfera cultural de Europa. El germanismo de Silvio Romero es superficial; el de Tobías Barreto se transforma en segunda naturaleza”. Barreto desprecia la poesía folklórica; porque, según él, carece de interés estético e histórico y no proviene de los estratos superiores de la cultura. En cambio, los estudios de Romero sobre la cultura folklórica son definitivos. Barreto no realizó nunca trabajos de largo aliento, fue, como dice Herder, “un fragmentista de genio”, en tanto que a Romero, por antítesis, se le podría denominar “un totalista de genio”.

Clovis Bevilacqua (1859-1944), último epígono de la Escuela de Recife, criti-